

José Luis Álvarez

El president Mas ante la historia

Antes de vacaciones, en una reunión de la que ofreció primicia *La Vanguardia*, el president Mas arengó a 300 altos cargos de la Generalitat, quienes deberían serles dijo- generales de un ejército que cambiaría la historia de Catalunya.

Ante la noticia, los que piensan que Artur Mas no va en serio hicieron mofa del lenguaje militar, realmente peculiar en Catalunya, tan pacifista. Es cierto que no se puede por menos que pensar que, con 300 generales, el ejército de Mas va a ser excesivo, uno con mucho jefe y poco indio. Y también surge la curiosidad retórica: ¿cómo los arengó?; ¿con el dramatismo de Leónidas en las Termópilas? (también eran 300 y acabaron fatal); ¿o utilizó el tono íntimo y precavido de Hal Bolingbroke en los campos de Azincourt, la madrugada aterida, embarrada y amenazante del 24 de octubre de 1415, cuando pronunció aquello de "We few, we happy few, we band of brothers?".

Pero mucho más sería y significativa es la apelación del president a cambiar la historia. Esta es, para Mas, importantísima. Por dos razones.

La primera surge del hecho de que los presidentes tienen una relación con la historia diferente a la suya, querido lector, y la mía. Nosotros, si salimos en los "papeles", lo más probable es que sea sólo en las muy leídas necrológicas de este diario -deseo que lo más tarde posible-. Sin embargo, los presidentes, por el hecho de serlo, pasarán a los libros de historia, serán evaluados por la posteridad, quieran o no. No son libros porque su reputación futura -lo que leerán sobre ellos los escolares de aquí a muchos años- los condiciona. Son inmortales de papel. De hecho, esta es la motivación secreta de los grandes políticos: el vivir para siempre en el recuerdo de sus futuros conciudadanos. Mientras que de usted lector, y de mí, nadie se acordará de aquí a algunas décadas, de los mejores y más valientes presidentes y presidentes, siempre pocos, habrá memoria agradecida. Y de los más, indiferencia. Por ejemplo, si Mas no consigue el pacto fiscal su presidencia será juzgada un fracaso, especialmente ahora, cuando parece que el soberanismo atrae finalmente a grupos sociales tradicionalmente indiferentes al catalanismo. Incluso, muy probablemente, si no consigue la independencia su presidencia será juzgada

como menor, una más: una condena eterna y terrible. De ahí la necesidad de Artur Mas de cambiar la historia.

Esta no es una preocupación egoísta ni exclusiva del actual president. La tienen todos los líderes institucionales, de cualquier país. De hecho, uno de los supuestos básicos de los estudios sobre presidentes es que la variable principal que explica su comportamiento es que estos intentarán hacer lo que calculen les hará quedar mejor en los libros de historia. Este supuesto es un maravilloso "predictor" de su comportamiento, un acceso rápido y directo a sus procesos mentales. Como el president Mas sólo quedará como un presidente excepcional ante los futuros li-



JORDI BARBA

bros sobre la historia de Catalunya si consigue la independencia, eso es lo que intentará (no en esta legislatura, en la siguiente). Artur Mas va en serio. No le queda otro remedio. Se juega su epitafio.

Hay una segunda razón, derivada de la anterior, para que Mas incite a sus altos cargos a cambiar la historia. Es muy revelador que el actual president no legitime su ambición transformadora, tanto en esa reunión en concreto como en sus manifestaciones públicas en general, en la profundización del legado del president Pujol, en quien puso las bases de la hegemonía política permanente del catalanismo, en la continuidad.

El mensaje implícito de Mas es que el rumbo de Pujol no tenía fuerza para cambiar la historia. Es un mensaje de ruptura con su propio linaje político. Mas actúa así porque en la historia no caben muchos líderes sobresalientes. Si todos o muchos fueran agentes de cambio no serían presidentes históricos, serían banales. Una de las principales estrategias de los líderes para tener un lugar propio, positivo, en la historia es diferenciarse de su predecesor (el de Mas fue Pujol ya que, para CiU, Maragall y, sobre todo, Montilla, fueron interregnos a olvidar). Por eso Mas habla de cambiar, implicando que lo de Pujol fue historia con minúscula y lo suyo será historia con mayúscula. Que el propio president Pujol colabore en este discurso de rectificación-ruptura sobre su propia presidencia, cuando nada de lo que es posible ahora lo sería sin sus largos años en la Generalitat, es fascinante. Y la respuesta es porque, para Pujol, la referencia de su reputación no es únicamente él.

Ya veremos si la historia cambia como necesita Artur Mas. La historia es astuta, y gusta de usar el ímpetu de aquellos que pretenden transformarla para implementar sus propios diseños.

Ojalá que al futuro de Catalunya no apliquen las tremendas palabras del filósofo G.W.F. Hegel, para quién la historia es el altar donde se sacrifica la felicidad de las naciones y la virtud de los individuos, quienes sólo son felices durante sus páginas en blanco.

La mejor de las suertes para todos en el curso político que empieza. Sea Histórico o histórico.●

Joana Bonet



Fonendos insumisos

De pequeña quería ser médico, cuando las matemáticas aún no se me resistían y la muerte apenas era un lejano sombreado. A los doce años cayó en mis manos la historia del Dr. Barnard, el cirujano que realizó el primer trasplante de corazón y que luego empezó a acostarse con la fama y a casarse con modelos. Su caudal de emotividad explicando cómo un corazón humano empezó a latir en otro cuerpo rodeado de gorros expectantes y látex erizados halló en mí una sierva dispuesta a encender su vocación y a rozar la idealizada heroicidad de quien salva vidas en lugar de almas. Claro está que no todos los médicos eran como el bronceado y dentón Dr. Barnard. Los que entonces nos sanaban, atendían a tres o cuatro pueblos a la vez e igual asistían a parto que le pinchaban la insulina a la abuela o cosían la rodilla de un niño. El maletín del médico de cabecera contenía un mundo misterioso regado por un olor terapéutico similar al de las farmacias, esa extraña mezcla de amoxicilina, desinfectante y menta. Pero además de remedios, "el senyor metge" poseía un don especial que combinaba au-

Alejadas las fantasías clínicas, me convertí en una hipocondriaca aventajada

toridad con benevolencia, e incluso parecía que no cobraba por hacer su trabajo. Los vuelcos existenciales suelen rozar los extremos. Alejadas las fantasías clínicas me convertí en una hipocondriaca aventajada de las que compadecen al galeno por tener que anunciar el peor de los diagnósticos, pero capaz de revertir un instante la angustia en un sentimiento de eufórica resurrección al conocer la benignidad del asunto. Como era previsible acabé enamorándome de una bata blanca, y también aprendí a admirar el valor de esos ángeles en la tierra que son las sufridas enfermeras y enfermeros que cuando te conviertes en casi nada, un cuerpo tumbado sobre una camilla con papel cebolla y peúcos azules, tienen la palabra exacta para acompañarte en la soledad preanestesia. Si cada uno de nosotros contáramos nuestra vida siguiendo el hilo de nuestras patologías, descubriríamos hasta qué punto el cuerpo reacciona gracias a alguien que casi siempre hace horas extras.

Las mismas que ahora están dispuestos a hacer los casi 1.800 profesionales insumisos para cumplir su juramento hipocrático y evitar la expulsión de los parias del sistema sanitario. Hay una construcción semántica interesante que estos días ha repetido el gobierno: "Atenderemos a los 'sin papeles', pero cobrándoles". ¿A las prostitutas nigerianas, los menores apátridas, los sintecho, los sin nada? Por qué no afirman también que todos los parados tendrán trabajo si se pagan su propio sueldo. El "no" de estos médicos a aceptar uno de los mayores retrocesos no sólo sociales, sino éticos, con el que se pretende minimizar la insostenibilidad del sistema, muestra cómo entre la expropiación de la salud pública a los indocumentados y la firme reacción de los colectivos sanitarios para detener un estado de excepción hay tan sólo una humilde conjunción, eso sí, sangrante.●

J.L. ÁLVAREZ, doctor en Sociología de las Organizaciones

Josep Miró i Ardèvol

Un nuevo comienzo

Es una evidencia que Occidente vive una gran crisis a causa de la pérdida de la confianza política. Algo muy importante falla cuando quienes nos representan como pueblo son el grupo que inspira menos confianza a la sociedad. En realidad es la democracia liberal la que está en estado de emergencia, la que parece naufragar en una tormenta de descontento. Así de rotundas y de mal están las cosas.

Y es así porque no existe una buena correspondencia entre la política que se practica y los ciudadanos. Hoy todo invento contra los políticos goza de credibilidad asegurada. ¿Hemos reparado en que este es un proceso autodestructivo? Claro que hay razones. Demasiados gobiernos están condenados al fracaso o al desencanto a los pocos meses de estar formados, porque

nadie parece capaz de abordar los problemas que sufrimos. Evidentemente influye la Gran Recesión y sus secuelas, que serán como llagas abiertas a la inclemencia durante mucho tiempo. Pero esta y la política no son los únicos desastres sociales. Son los más actuales, que es muy distinto. Simplemente ayudan a olvidar las otras crisis, como si las estuviéramos resolviendo al desocuparnos de ellas. Ahí está intocada la ambiental. Y ahí sigue la emergencia educativa, y continúa, con el entusiasmo de muchos, el agujero negro de la falta de natalidad. A derecha e izquierda, los discursos parecen agotados. Todo está sometido a la incapacidad para encontrar respuestas. Ante estas reiteradas y dañinas evidencias, ha llegado el momento que nos preguntemos el porqué de tanta incapacidad en tantas cuestiones esenciales. Es una pre-

gunta de sentido común, una exigencia vital. ¿Adónde vamos acumulando crisis tras crisis?

Todo gobierno resulta insatisfactorio, lo es la política, la economía. Más incluso, lo son con carácter general los diagnósticos. A veces parece como si se intentara pronosticar el tiempo que hace mirando por el ojo de la cerradura. Para poder responder y escapar de la confusión es necesario que seamos capaces de salirnos del bosque embrollado, de los marcos de ideas que nos esclavizan, para pensar con mayor libertad, y adoptar una nueva perspectiva. Es preciso un nuevo comienzo que implica afirmar que todos nuestros males surgen de la naturaleza de la sociedad en que habitamos. La sociedad desvinculada.●

Twitter: @jmiorardevol